

Del despotismo ilustrado a una ideología de clases medias: significación de Moratín

por José-Antonio Maravall (Universidad Complutense)

Cuando se habla de Moratín y de su obra, se ha hecho habitual centrar el estudio en el marco de la Ilustración, tal como este movimiento de la sociedad y de la conciencia europeas se dio en España. No cabe duda de que en gran parte así es y resulta perfectamente justificado incluir su figura junto a las de los demás ilustrados de la última fase. Moratín ve destacarse su personalidad entre un grupo de amigos ilustrados y en unos años a los que corresponde la etapa de plenitud de la cultura ilustrada. El tema de Moratín y la sociedad del siglo XVIII fue enfocado por Domínguez Ortiz¹ hace algunos años y hace unos meses ha venido a ser la materia más extensamente estudiada en el último libro de R. Andioc².

Si observamos el léxico moratiniano — para lo cual sólo en escasa medida nos podemos servir del « Vocabulario » reunido por Ruiz Morcuende³ —, nos encontraremos con que todos los términos que se entretajan a lo largo de la mentalidad dieciochesca de tinte ilustrado, aparecen en las obras, cartas, diario, de Moratín (humanidad, sociabilidad, nación, patriota, felicidad, prosperidad, utilidad, economía, bienestar, civilización, sensibilidad, virtud, etc.), y se revelan impregnados — esto es lo que no resulta suficientemente atendido en el « Vocabulario » que he citado — con los nuevos valores hacia los cuales la sociedad culta del siglo XVIII desplaza su contenido semántico, en el caso de que fueran ya vocablos conocidos y usados de antes.

Vamos a ver, en este madrileño que pasa la mayor parte de su vida en un inquieto exilio, algunos de estos temas del XVIII. Coincidiendo con el programa de quienes más representativamente expusieron la ideología ilustrada, Moratín, apoyado en los valores básicos de la mentalidad en la que sin duda está inserto, despliega en sus escritos extensamente el tema de la *educación* y liga a él el del *teatro*; que este último adquiera en

¹ *Don Leandro Fernández de Moratín y la sociedad española de su tiempo*, en « Revista de la Universidad de Madrid », IX (1960), pp. 607-642.

² *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid, 1976.

³ *Vocabulario de don Leandro Fernández de Moratín*, Madrid, 1945, 2 vols.

él una atracción obsesiva, puede ser un dato anecdótico en su biografía, pero es relevante al trazar la significación histórica de su figura, en su amplia coincidencia con Luzán, Forner, Iriarte, Foronda, aunque su afición personal dependiera de las limitadas condiciones de existencia a que quedó personalmente reducido — pero esto último es lo que no nos interesa al hacer historia —. Este tema de la educación e instrumentalmente el del teatro —, como en Iriarte o en Jovellanos, aunque en estos se manifieste en un conjunto más amplio —, se proyecta en dos planos:

a) en tanto que vía para alcanzar socialmente los valores de la tabla que el espíritu burgués de la Ilustración enuncia como paradigma de la sociedad (« l'esprit de société » prima en el solitario Moratín, muy al modo de tantos de sus coetáneos).

b) en tanto que factor de configuración de unos modos de vida y, correlativamente, de unas pautas de comportamiento que promueven eficazmente la transformación de la imagen de la convivencia.

Añadiré que, junto a lo anterior, Moratín sabrá estudiar, no solo los aspectos de contenido y fines de la educación, sino también la relevancia de los aspectos de método, coincidiendo con Rousseau y Condorcet, transmitiéndonos ecos de la polémica de Juan Bautista Muñoz con el abate Pozzi, recogiendo el testimonio de la introducción de Pestalozzi en España y de las primeras noticias de las escuelas lancasterianas. Un claro punto de coincidencia con la Ilustración es esa pregunta que se contiene en *La derrota de los pedantes*: « ¿Llegará el día en que se aprenda por principios? »⁴.

No menos es un hombre de la cultura de la Ilustración, Moratín, en un aspecto parcial y derivado del anterior. Efectivamente, coincide, empujado por honda preocupación, con los ilustrados (apartándose, como ellos, de la imagen de « Sophie », la mujer destinada al « Emile » rousseauniano), en dedicar especial atención al tema de la educación y del papel de la mujer, reconociéndole mayor iniciativa y más amplia proyección social, en comparación del estrecho horizonte en que Rousseau encierra a aquélla. Planteado con la mayor novedad por Feijoo, llevado al terreno de la integración económica y laboral de la sociedad por Campomanes, discutido entre Jovellanos y Cabarrús, sobre el fondo del debate abierto por las Sociedades Económicas, reproducido con energía en una de las cartas de V. de Foronda, llevado al teatro por Iriarte, hemos de reconocer que, por su parte, Moratín concede un importante protagonismo a la *mujer* — en su teatro, como en su epistolario —, y ello le da ocasión de señalar toda la importancia de cambiar los modos y los modelos de la educación femenina, como parte decisiva del problema social general.

Esto mismo nos dice que, en definitiva, Moratín hace suyo, una vez

⁴ Ed. de John Dowling, Barcelona, 1973, p. 79.

más, el programa de los ilustrados: trabajar en todos los campos para la reforma de las costumbres, realizando una previa labor de crítica de las mismas. En neto ambiente de ideología ilustrada, esos problemas de atención al hombre, de educación, de reforma, de bienestar, se plantean, para Moratín, dentro del marco de una forma, en gran parte nueva, de comunidad política: la nación. Y de ahí que la connotación del adjetivo « nacional » acompañe con frecuencia sus temas de máxima preocupación: la *cultura nacional*, la *literatura nacional*, el *teatro nacional*, la *Historia de nuestra nación*, etc. etc.⁵. Ello le hace participar en la empresa de depurar y enaltecer el sentimiento que deriva — el « nombre santo de patriotismo » escribe alguna vez Moratín —, pero también de vigilar la posible desmesura y desnaturalización a que se le puede arrastrar a este sentimiento, el cual vendrá a expresarse con una palabra que nuestro autor es de los primeros en usar: « nacionalismo »⁶. Pienso que este matiz de su pensamiento nos da una clara idea del principio de ponderación que inspira a Moratín.

Sin embargo, quisiera hacer tres observaciones que matizan esa coincidencia de Moratín con los representantes de la Ilustración. Primeramente,

⁵ La alusión a la « nación », como la versión — con inspiración volterriana — de una comunidad popular de condición culta, aparece en p. 84, etc. En *La derrota de los pedantes*, esta voz, en un sentido socio-cultural, aparece en pp. 54, 69, 72, 73, 80, 83, etc., ed. de Dowling, Barcelona, 1973. A veces, y con un innegable eco herderiano — que estoy seguro no depende de lectura, ni siquiera de conocimiento indirecto de Herder, sino de unos condicionantes sociales que están en la época —, la nación aparece en Moratín como centro de imputación de un modo de vida y de carácter. Por ejemplo, cuando lamenta que Zamora, pese a sus intentos, no lograra en su teatro « una feliz pintura de costumbres nacionales », o cuando, por encima de cuanto les separa, elogia en el sainetero Ramón de la Cruz, que « supo substituir en ellos en sus piezas breves al desaliño y rudeza villanesca de nuestros antiguos entremeses, la imitación exacta y graciosa de las modernas costumbres del pueblo », (en *Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español*, BAE, II). En cambio, señala que Lope fue quien como ningún otro pintó « las costumbres nacionales » (*Epistolario*, Carta de 1806 a Pietro Napoli Signorelli, p. 257), y quien fijó « el gusto nacional » (*Epist.*, p. 622). Tanto el *Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español*, como el *Discurso preliminar*, al frente de sus *Comedias*, ofrecen un planteamiento *nacional* en la reforma del teatro, como medio de educación, y, consiguientemente, de renovación de la sociedad. Por eso, él se empeña en tal tarea, porque, como dice el personaje que habla con sus ideas en *La Comedia nueva o El Café*, « yo soy muy español » un interesante testimonio a añadir a la revisión del tema del afrancesamiento). (Véase ed. de J. Dowling, Madrid, 1969, p. 117). Literatura y nación, van siempre enlazadas y por eso puede proclamar « cuanto interesan a una nación los progresos de la literatura » (*La Comedia nueva*, p. 76).

⁶ La mención del patriotismo, en *La derrota de los pedantes*, ed. de J. Dowling, ya citada, p. 73; la de « nacionalismo », en *Epistolario*, ed. de R. Andicó, Madrid, 1973, *Carta a M. García de Prada*, Burdeos, 1825, p. 613. Hay entre las dos referencias que hemos recogido una distancia de muchos años críticos, en los que ha avanzado la difusión del pensamiento y del léxico revolucionario. El pensamiento conservador no acogió la voz nacionalismo hasta varias décadas más tarde, con valoración positiva. El pensamiento reaccionario la condenó por boca del Abate Barruel.

estos ilustrados, bajo el nombre de « filósofos », se ocupan de un campo de saberes que van preferentemente de la moral a la economía, a la ciencia natural (la cual, en una primera fase, seguirá el modelo matemático de los cartesianos; en una segunda fase, el modelo físico newtoniano; en una tercera, el modelo químico y biológico de Buffon). Desde luego, nunca falta en los ilustrados un gran interés por las letras, y no deja de reconocerse el papel de ellas en la reforma de los conocimientos y de la sociedad. Pero, en Moratín, en quien no faltan referencias a esas otras ramas del saber (por ej., cuando en carta a Jovellanos se pregunta: « ¿cuándo se educará España? », quiere decir ¿cuando se difundirá convenientemente el estudio de la economía política?⁷; en Moratín, digo, hay un claro desplazamiento hacia otros temas: él es el literato, el « homme de lettres », en una versión más especializada de la que hizo circular Voltaire, y lo que le importa son los modos de expresión literarios y la crítica de las obras de la literatura. Le vemos coincidir con Feijoo, casi textualmente, en la manera de enunciar el programa a realizar: combatir vicios y errores — sólo que en Feijoo se hace referencia a falsas ideas y supersticiones sobre fenómenos naturales (y sobrenaturales), y Moratín se refiere a usos y gustos en la poesía y en el teatro. Voy a citar un pasaje que, de un lado, nos reflejará el tópico motivo científico en la pluma de Moratín, y a la vez, nos pondrá de manifiesto el planteamiento de crítica contra los « ídola », en cuyo combate ya se empeñaron Feijoo, Piquer, Mayans, etc. Moratín batallará en el campo educativo del teatro: « Enseña la verdad cuando apoyada su doctrina en los conocimientos de la física, en el exacto raciocinio de la filosofía que preside a las ciencias, en los sucesos que eterniza la historia, en la crítica y buen gusto de la literatura y de las artes, rectifica los errores adquiridos »⁸. Con innegable sentido, o mejor aún, con plena congruencia, Moratín hará el elogio de Feijoo — el escritor de la « Crítica » por excelencia —, porque juzga que la obra de éste « facilitaba el camino de un modo indirecto a los autores dramáticos para exponer a la risa pública las prácticas supersticiosas, las opiniones funestas que había autorizado la falsa filosofía, la equivocada política, la credulidad y la costumbre »⁹. Aunque se proyecten sobre planos diferentes, Moratín

⁷ *Carta a Jovellanos* desde Narbona, agosto, 1787, en *Epistolario*, p. 100. Otra mención de la « economía política » y de la « estadística », bien que exentas de relieve, en *Carta a Ana Fernández de Moratín*, del mismo año, en *Epistolario* p. 55.

⁸ *Discurso preliminar* a la ed. de las *Comedias* (es el llamado *Prólogo* en ediciones anteriores, con algunos añadidos), Madrid, 1830, BAE, II, p. 322. Con la verdad literaria que puede proyectarse — o puede torpemente ocultarse — en cualquier campo, la difusión y final imperio de la verdad quedan aseguradas. Es la doctrina frecuente sobre el valor del teatro en la campaña a favor de las « Luces » (véase R. Andioc, *Sur la querelle du théâtre au temps de Leandro Fernández de Moratín*, Tarbes, 1970).

⁹ *Discurso*, cit., p. 309.

advierte el parentesco íntimo de su pensamiento con la « Crítica » — esa actitud que, con la nueva acepción dada a tal palabra, define un aspecto fundamental del empeño de los ilustrados, en torno a la cual se hubo de suscitar una polémica que Flórez¹⁰ y Piquer¹¹ recogen. Pero Moratín se orienta más al terreno de ideas y usos sociales, a las costumbres introducidas en ciertos grupos, al estado intelectual de algunas profesiones o dignidades, a las doctrinas literarias y artísticas, etc. Por eso para él, dado cómo orienta su labor, resulta tan idóneo medio de acción el teatro: en la comedia « resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad y recomendadas por consiguiente la verdad y la virtud »¹². Hay que señalar que Moratín, en el párrafo anteriormente citado, ha hecho esa condenatoria referencia a la « falsa filosofía », no claro está, en el sentido hacia el que dirige su ataque el sector reaccionario, el P. Zeballos por ejemplo, sino en un sentido contra la escolástica, en la que ve, no tan sólo una línea de pensamiento a arrumbar, sino el producto de una deformación humana y de un modo de vida que hay que desterrar. (En la ficción fabulística de *La derrota de los pedantes* habla de los insolentes escritorzuolos que intentaron asaltar la morada de Apolo y se lanzaban como armas arrojadas « tomos gigantescos de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato »)¹³. Sin embargo, lo que quiero resaltar es que más que una finalidad de corrección científica e intelectual, a Moratín lo que le interesa es la *reforma socio-cultural* del hombre, y, por tanto, de los modos de convivencia. Claro que, en Inglaterra con Ferguson, en Francia con Diderot, este matiz diferenciador en el enfoque final se daba ya desde 1750 aproximadamente, pero en España creo que hay que esperar a que empiece el último cuarto de la centuria y aún algo más tarde. Por eso, quizá, las señales de una nueva sociedad se acentuarán en los últimos ilustrados (me atrevería a señalar aquí un cierto parentesco con V. Alfieri, descontando lo que los separa: la procedencia de medios sociales tan distintos).

¹⁰ *Clave Historial*, Madrid, 1743.

¹¹ *Lógica moderna o Arte de ballar la verdad y perfeccionar la Razón*, Valencia, 1747, p. 164: muchos abominan de la Crítica y sin duda cabe hacer mal uso de ella, pero es parte esencial de la Lógica y « tan necesaria que sin ella ninguno hará grandes progresos en las letras ».

¹² *Discurso* cit. p. 320.

¹³ Ed. de Dowling, ya citada, p. 90. Moratín liga el penoso estado de la enseñanza de la filosofía y de las ciencias, con la despreciable manera vigente de cultivar la comedia, y ambas cosas, a la vez, identificadas entre sí, con la situación de incultura y miseria en la sociedad: a pesar, dice, de los esfuerzos de Luzán, Montiano, Trigueros, Laguno, « la corrupción era general. En las aulas y escuelas públicas se enseñaban sutilezas y vanidades a la juventud, no verdades útiles; lejos de cultivar y perfeccionar el entendimiento de los discípulos, se les pervertía inhabilitándolos para adquirir los conocimientos sólidos de las ciencias » (Véase *Discurso preliminar* a sus *Comedias*, BAE, II, p. 316).

Segunda observación: prácticamente, Moratín está ausente de las Sociedades Económicas. Ni su amistad con Jovellanos, ni su amistad y dependencia respecto a Cabarrús, le llevan a ellas. ¿Se trata de que éstas habían entrado ya en un período de decadencia cuando alcanzaría a conocerlas mejor Moratín y no podían resultarle ya atractivas? ¹⁴. Creo que no. Y me parece, en cambio, que se puede observar una manera de orientar su actividad y de establecer sus relaciones sociales, por parte de Moratín, muy diferente de aquéllas que definen el tipo del socio o « amigo del país ». Por ej., creo que es reveladora la diferencia en lo que respeta al exiguo volumen que ocupan en su obra, de una parte, y a pesar de todo, el interés por la ciencia; de otra parte, y, sobre todo, la materia de la economía civil — o economía política, como él, en forma más moderna, escribe —. Si se me apura, diré que tampoco se apasiona directa y plenamente por la filosofía, ni aun entendida según la manera trivializada del XVIII: autores recientes — llega Moratín a protestar de ello — presentan « una afectación intolerable de ternura, de filantropía y de filosofismo » que rechaza sin salvedades ¹⁵. Habla con cierta ironía — atribuyendo su frecuente y desafortunada redacción a los pedantes, a quienes ridiculiza —, « de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculación, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo, sobre la excelente moral de los caribes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura a fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros; sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre los chinches » ¹⁶.

Ciertamente que Moratín, llegado el caso, condena desatender las enseñanzas de verdades útiles y hacerse así incapaces de los « conocimientos sólidos de las ciencias », y se manifiesta contra los que desdennan la conexión entre materias científicas y ejercicios útiles ¹⁷. Ya he dicho lo que cuenta para él la *utilidad*, en el sentido de ventajas materiales que la ciencia aplicada trae consigo: con ella — claro está, muy prioritariamente con la química, dadas las fechas en que escribe Moratín — « habría industria, fábricas, artes y todo lo que nos falta, que no es poco » ¹⁸. Recordando a Barcelona y a los catalanes, escribirá, comparando su estado con el del Rosellón, lo atrasado que se encuentra este último « en com-

¹⁴ Hay un comentario crítico más bien adverso de ellas, en *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, cuaderno I-X, en *Obras Póstumas*, Madrid, 1867, I, pp. 169-171. Es., por tanto, muy posterior al expediente iniciado por R.O. de 1786 encargando al Consejo de Castilla reanimar estos cuerpos patrióticos. Véase J. y P. de Demerson, *La decadencia de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País*, Oviedo, 1978.

¹⁵ *Discurso*, cit., p. 324.

¹⁶ *La derrota de los pedantes*, cit., p. 73.

¹⁷ *Ibidem*, p. 79.

¹⁸ *Carta a Ceán Bermúdez*, desde Montpellier, 1787, en *Epistolario*, cit., p. 42.

paración de la agricultora, industriosa y comerciante Cataluña »¹⁹. Y ya en fecha avanzada — 1817 — será más explícito aún en admirar la laboriosidad de aquéllos: « Física, matemáticas, geografía, botánica, medicina, economía política, artes y oficios, de eso entienden y de eso estudian; y dígoté, acá para entre los dos, que no van muy descaminados »²⁰. Semejantemente, en París admirará « el grado de perfección a que han llegado aquí las artes mercantiles ». No menos admira el desarrollo técnico e industrial y juzga muy favorablemente el alto nivel de riqueza que con su trabajo haya alcanzado un país (por ej. Inglaterra, de cuyo próspero estado habla en algunos pasajes de sus *Apuntamientos*). Le interesan o por lo menos tiene ojos para ver y curiosidad para anotar la existencia de fábricas, máquinas, aparatos: una curiosa carta a su prima María Fernández de Moratín, contiene este párrafo: « Si me pongo a explicarte el manejo de la cámara oscura, perderé el tiempo que gaste en ello, te quedarás en ayunas y la máquina perecerá en tus manos. Lo más breve sería que don Francisco de Goya se tomara la molestia de explicartelo »²¹. Está claro el interés que siente por los objetos científicos que la novedad y la moda difundían y es interesante el dato de que ese interés y conocimiento de los mismos lo compartía Goya, con quien le vemos relacionado en amistad familiar.

Tiene muy en cuenta aspectos económicos de la vida social e individual en su cotidianidad (no es economista, pero es un buen ecónomo). Y si aplicamos el esquema de Sombart (en la mentalidad burguesa, los ingresos gobiernan los gastos; en la mentalidad señorial, los gastos se imponen sobre los ingresos), no cabe duda de que referencias íntimas de su *Epistolario* y de su *Diario*, nos hace ver el « aburguesamiento » del modo de vida de Moratín.

Pero esto no es lo suyo — aunque podrían ampliarse referencias curiosas (no en balde es hijo de su época) —. Para comprender lo que quiero decir lo interesante es comprobar que falte en él el programa económico de los ilustrados, tal como el de B. Ward, de Campomanes, de Olavide, de Jovellanos, de Alcalá Galiano, de Foronda. Programa que es tan decisivo en los hombres del XVIII que en Cienfuegos, Iriarte, Forner o M. Valdés, se filtra, de algún modo, a través incluso de sus poesías. También hay algún barrunto de ello en Moratín, más según el modelo del post-colbertismo, que según fisiócratas o smithianos; pero es escaso su volumen.

Tercera observación (que solo puede tener significación ligada a lo que hasta aquí he dicho): escasa presencia de Moratín en la Prensa ilustrada. No sé más que de alguna ocasional y rara colaboración — respues-

¹⁹ *Ibidem*, loc. cit.

²⁰ *Carta a Francisca Muñoz*, desde París, 1818; en *Epistolario*, cit., p. 396.

²¹ *Ibidem*, p. 370 — la carta es de fecha 1817, junio, desde Barcelona.

ta a alguna crítica adversa — o de alguna ironía en sus cartas sobre Cladera. Sin embargo (y ello no deja de ser curioso) cuando Blanco White le invite ya tarde a colaborar en un periódico que va a dirigir en Londres, aunque ponga condiciones — sobre todo, de tipo económico —, en principio acepta y más adelante se interesa en saber qué hay del proyecto, sobre lo que no recibirá respuesta.

No deja de ser significativo que A. Elorza, cuando escribió su obra *La ideología liberal de la Ilustración*²², no tomara en cuenta a Moratín. ¿Tal vez porque Moratín no era propiamente un « liberal »? Luego hablaré de esto, pero es obvio que Elorza necesitó hablar y habló efectivamente, no solo de liberales, « avant la lettre », sino de reaccionarios que contribuyeron también a calificar la atmósfera intelectual política del momento (Zevallos, Peñalosa, fray Diego de Cádiz, etc.). Tampoco figura, ni mencionado al paso, en la bien informada obra de R. Herr, *España y la revolución del siglo XVIII*.

Pienso que ha de haber una razón y que ésta tiene que ser otra²³. Con esto llego al punto central de mi interpretación de Moratín. Para mí, Moratín está y no está ya en la Ilustración y tal vez lo que de mayor interés tiene que decirnos — muy lejos de la repetida cuestión de su neoclasicismo — esté fuera del área de aquélla. Es incuestionable que él respira y se forma en la atmósfera ilustrada. Pero sin dejar de ser criatura de la Ilustración, ni poder ni querer desprenderse de su herencia cultural, hay un momento en el que Moratín se perfila definitivamente bajo otra imagen más compleja y aparece ya entre los que entreabren la etapa subsiguiente de la Historia, en los países del Occidente europeo.

La zona de fechas de su biografía, en que esta definitiva transformación se produce, se emplaza entre sus 30 y sus 40 años. Hay unas fechas clave de la Historia europea que le cogen en medio del escenario: verano de 1792, en Burdeos y en París. Escenas de violencia revolucionaria, prisión del rey, instauración de la República, decapitación de la familia real, comienzo del Terror. Al acercarse el otoño consigue refugiarse en Inglaterra, pasará después a través de un nuevo viaje que nos presenta como instructivo, a Bolonia, y nos deja — dentro de una parquedad difícil de explicar — algún vislumbre de sus sentimientos (que no son sólo de horror, como se ha dicho). De momento, fijémonos en que, en carta a Godoy, en una carta de escasas líneas, muy sobriamente — pero se puede medir, por ello mismo, la relevancia que confiere al hecho — le da cuenta de la importancia de las experiencias por las que ha pasado. Lo suyo no será un olímpismo goethiano; habla con horror de los espectáculos presenciados y de los peligros que ha corrido. Habla así, en esa carta a Godoy, de sep-

²² Madrid, 1970.

²³ Son numerosas las citas a Moratín, en cambio, en la obra de J. Sarrailh, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle* París, 1954.

tiembre 1793: « me alegré de haberlos visto por mis ojos; la lección fue breve y terrible, pero tan útil, tan docta, que aprehendí más verdades en los pocos días que viví en París que cuantas se encierran en las obras más celebradas de los Políticos »²⁴.

Hay muchos europeos, relevantes en la Historia del pensamiento, que vivieron apasionadamente la Revolución: un Burke, un Fichte, etc. etc. Otros se hallaban tan encallecidos que sólo fueron capaces de un rechazo externo, como una bola de billar que choca con otra: Metternich. Y hubo otros — probablemente, los de menos aparatosa reacción — que, por circunstancias personales y de ambiente, para ellos no fue la Revolución un problema de asimilar o rechazar unas ideas, sino ocasión de sufrir una fuerte sacudida interna, más o menos registrable hacia fuera, pero que alteró su instalación en la vida y, más tarde, ello repercutirá en su manera de enfocar los acontecimientos que presencien. Son individuos, a los que, en la medida en que nos han dejado testimonio de su vida, los encontramos en los años siguientes a la Revolución, desencajados sus goznes, salidos de quicio, y lo más probable es que en adelante no puedan seguir en la línea en que estaban, ni embarcados ya sin alterarse en la nave de su existencia tal como habían intentado construirse. Un caso típico es el de Beaumarchais, conforme se nos revela en *La mère coupable*, tan otro de la imagen con que se presentara en *Le mariage de Figaro*. Entre nosotros, tal sería el caso de Moratín.

Desde esa experiencia se va a agudizar cada vez más una interna tensión de nuestro escritor: su desasosiego, su inquietud, su ir y venir. Moratín, un hombre hecho para la biblioteca, el despacho, la casa propia, el acomodo fijo y ordenado, cada vez más irremediamente verá transcurrir su existencia sin lograr asiento, en busca de su propia y segura posesión de sí mismo, sin acertar en una nueva manera de relacionarse con los demás. Dice a un amigo, en sus versos:

« Entra, amigo, en tí mismo, o si te place
huye dentro de tí... »²⁵.

Le aceptación, como secretario del conde de Cabarrús, de su primer viaje a Francia en 1787, respondía a la concepción formativa, educativa, del « grand tour », entre los ilustrados. A Jovellanos le dirá en los versos fríos de una epístola, refiriéndose a sus viajes por el extranjero:

« Pueblos, naciones visité distintas;
Útil ciencia adquirí, que nunca enseñé
Docta lección en retirada estancia,
Que allí no ves la diferencia suma

²⁴ *Epistolario*, cit., p. 159.

²⁵ BAE, II, p. 585.

Que el clima, el culto, la opinión, las artes,
Las leyes causan. Hallarásla solo
Si al hombre estudias en el hombre mismo »²⁶.

Su segunda salida, al empezar la primavera de 1792, es presentada por él, en carta a Jovellanos, así como, posteriormente, en un largo informe-petición dirigido a Godoy, bajo la misma idea. Explica su permanencia en el extranjero sujetándose al mismo patrón y quiere hacer valer los resultados obtenidos. Su estado de ánimo, sin embargo, después del verano de este año, es muy otro. Todavía, con evidente esfuerzo, regresará a Madrid y hasta en los tiempos del Rey José, se esforzará por reorganizar y hacer más eficaces los servicios de la Interpretación de lenguas, cuya secretaría ocupa. Se explica que un cierto temor a la reacción popular le haga abandonar Madrid, tras la derrota francesa; que deje luego Valencia, tras su choque con Elío, por motivos semejantes, a pesar de lo gratamente que allí se encontraba; resulta menos claro que también abandone Barcelona. Menos claro todavía que la vuelva a abandonar, más adelante, en otra ocasión: tras haberse vuelto a « disimular » (esta sería la palabra) en ella, al comienzo del Trienio constitucional, en 1821, y no se queda en ella a pesar de lo mucho que le satisfacen los catalanes. Tal vez va buscando, con un ansia que no se atreve a confesar en toda su profundidad, algo que pasa a ser un bien esencial para los individuos en las nuevas sociedades europeas: la libertad personal, íntima, más bien que interna (la cual es otra cosa, y de distinta transcendencia social).

La discrepancia respecto a la situación española viene de antes de la persecución como afrancesado y también su incontenible apartamiento de la patria. En la *Advertencia* de *El sí de las niñas*, declara: « Un ministro, cuya principal obligación era la de favorecer los buenos estudios, hablaba el lenguaje de los fanáticos más feroces, y anunciaba la ruina del autor de *El sí de las niñas* como la de un delincuente merecedor de grave castigo. Tales son los obstáculos que han impedido frecuentemente en España el progreso rápido de las luces y esta oposición poderosa han debido temer los que han dedicado en ella su aplicación y su talento a la indagación de verdades útiles y al fomento y esplendor de la literatura y de las artes »²⁷. Por tanto, siendo este dato tan anterior, reconozcamos que el aspecto de su afrancesamiento no puede explicar para nada esas evasiones. En el « Trienio » no sufrió peligro alguno; en la « Ominosa década », el Rey le nombra miembro de la Academia nacional recién creada. Da las gracias por esta distinción, pero no se incorpora. No nos satisface la explicación a que el propio interesado acude alguna vez: gusta — quiere hacernos creer — de no saber qué será de él al día siguiente, esto

²⁶ BAE, II, p. 581.

²⁷ En *Advertencia* a *El sí de las niñas*, ed. de R. Andioc, Madrid, 1969, p. 162.

es, gusta de la libertad del pájaro. En carta a J.A. Melón, escribe: « y esta incertidumbre me anuncia a cada paso la libertad de que gozo » (desde Turín, 1795)²⁸. Esto no es convincente y no casa con una figura como él, con alguien que rezuma formación de ilustrado. Lo cierto es que por debajo de lo que dice, en frases sueltas, adivinamos su escozor: por ejemplo, cuando quiere hacer creer que del « patriotismo » piensa él que es un sentimiento de gato casero, o cuando alude dramáticamente a la « difunta España ». ¿Acaso, ya en carta a Jovellanos — comienzos del 92 — no le confesaba: « yo soy demasiado sensible para llevar en paciencia muchas cosas que suceden aquí »?²⁹ Moratín se va al extranjero por discrepancia inevitable, vital. Y claro está, con el transcurso de los años, con la crisis profunda en la Península, con la acumulación de cosas que le disgustan y de otras que no entiende, se hace más irreparable el apartamiento. Tiene interés recordar algunos pasajes, como testimonio del estado de ánimo de un escritor (podría decir ya de un « intelectual ») en el último decenio del siglo XVIII y primer cuarto del siglo XIX, una época en la que Moratín comenzara años atrás hablando de hacer navegables los ríos por medio de canales (como ese canal del Languedoc, que él ha recorrido embarcado), o de la libertad comercial de la que muchas veces le oíría comentar a su jefe Cabarrús, una época en la que habían acontecido tan graves cambios. Y ahora se encuentra ese mismo escritor enfrentado a experiencias revolucioinarias o contrarrevolucionarias que no hubiera imaginado. Moratín, desde Barcelona — 1820 — le confiesa a J.A. Melón: « para mí no ha quedado de mi patria más que las paredes »; y cuatro años después, le mana de la pluma, en Burdeos, el amargor de estas palabras: « el alto olvido de la difunta España »; y otros tres años más tarde le habla a Vicente Salvá, de que aquella tierra « que conocí en mis primeros años se me hundió y ya no existe ni en el globo ni en el mapa »; finalmente, pocos meses antes de su muerte, en carta a García de Prada, desde París, dirige su recuerdo a « mi desventurada nación »³⁰.

Moratín mismo procura dar una explicación razonada, fundada en motivos intelectuales, quizá mejor, *ideológicos*: él está contra uno y otro de los extremos que, conforme a su tesis, se enfrentan con violencia, sin dejar espacio a nada más, en la Península. Esta actitud, siguiendo la desviación que sugieren, más o menos adrede, algunos pasajes suyos, ha sido entendida como *apoliticismo*. Cuando su primer viaje a París — 1787 —, al escribir a Jovellanos, deja de lado noticias políticas que no le atraen, y pregunta a su amigo por novedades de poetas, académicos, memorialistas, periodistas, etc., y poco después, desde Avignon, de lo que le habla es de recuerdos de Petrarca, Laura, Valclusa (Vaucluse) etc.³¹. En un « ro-

²⁸ *Epistolario*, cit., p. 190.

²⁹ *Ibidem*, p. 131.

³⁰ *Ibidem*, pp. 414, 602, 694, 696.

³¹ *Ibidem* pp. 59-60 y 65-66.

mance a un ministro », se niega a escribir sobre temas de política, a la que ignora, que « ni he de practicar ni quiero »³². Frente a estos datos, sabemos que durante años pretendió un puesto tan político — en el programa de gobierno de la época — como era la Dirección de Teatros. Es más, una carta a J.A. Melón, 1792, desde Londres — posterior, pues, a la Revolución francesa, en momentos álgidos —, nos revela una noticia curiosa: « he enviado al Dux (Godoy) un discurso sobre la instrucción del Príncipe », en el cual refiere que encomia la necesidad de que se le eduque cuidadosamente y se le forme una selecta biblioteca en consonancia con ese plan³³. Alguna vez, pues, sí le interesaron estas cuestiones. Es cierto que, cuando más tarde le ofrecen la Dirección que tanto había anhelado y que había pedido de más joven a Floridablanca, ahora se siente viejo y renuncia. Y en 1821, en una de tantas cartas a J.A. Melón — criticando un periódico liberal, « El Universal », y opúsculos de B.J. Gallardo — podrá afirmar: « yo no sé si en los tales papelones se aprende política; sólo sé que la política es ciencia que yo no estudiaré jamás, porque ni hago ánimo de disertar acerca de ella, ni de gobernar hombres »³⁴. Esta carta está escrita en Barcelona, en 1821, poco antes de abandonar para siempre su país. Creo que en ellas, más que un testimonio de sincera vocación, había la resignación de una renuncia, por no entender ni aceptar el proceso histórico en que se hallaba inmerso. Sin embargo, numerosas declaraciones tuyas bien explícitas — aunque puedan no ser más que breves, pero claras alusiones en cartas familiares —, hacen pensar que ni fuera solamente eso, ya que en ellas se contiene una reiterada toma de postura política.

Yo creo que a él le tocó vivir — no formulándola sistemáticamente en su significado, pero sí señalándola con claridad —, una experiencia vital que va a convertirse en un episodio común a múltiples individuos en el marco de la Historia de las mentalidades, en la Europa de su tiempo. Podría enunciarse, a mi entender, así: « Moratín o la experiencia personal de una mentalidad moderada », (digo « mentalidad » para que, sin negar lo que puede haber de conjunto organizado, quede por delante una imprecisión creencial del contenido, lo cual puede fundar una actitud, pero no formular una doctrina). No hago referencia a una calificación moral, sino a un concepto histórico, a una tercera línea que prestará su esquema a una ideología conservadora, la cual va a desarrollarse tomando como base las palabras « moderación » y « moderado »: en ellas llegará a dar expresión a lo que, conforme a la terminología ulterior de G. Mosca, sería su « fórmula política ».

Es sabido que la Revolución francesa trajo consigo un replanteamiento de las actitudes políticas. Llegará a más, llegará a transformar éstas en

³² BAE, II, p. 600.

³³ *Epistolario*, cit., p. 137.

³⁴ *Ibidem* p. 445.

partidos, y con los partidos, las corrientes ideológicas de la Europa contemporánea nacen de esa crisis. Concretamente, así sucede con la ideología que acabará llamándose, para en adelante, conservadora. Manheim la ha estudiado, sobre unos supuestos semejantes, respecto a Alemania: Hobhouse, en relación a Inglaterra; Pierre Reboul en Francia, con su interesante libro *Chateaubriand et Le Conservateur*. La fecha de 1818 señala probablemente la invención de este neologismo político.

Sin que la afirmación que sigue entrañe ninguna estimación valorativa, conservadurismo no tiene nada que ver, o muy poco que ver, con reaccionarismo. Ya antes de esa fecha que acabo de citar, había o reacción o reforma. Conservadurismo no es un poco menos o un mucho menos de reformismo, no es un menos de reaccionarismo. Es otra cosa. Supone poner el acento en la selección (reducida, eso sí) de reformas y en la manera de hacerlas y defenderlas. Moratín era un conservador. Se le diría próximo a Jovellanos, si bien éste se atiene más al patrón dieciochesco, en su fórmula de constitucionalismo de vía media, cuando esa problemática a la que he hecho mención aún no se ha introducido. Chateaubriand, en algún pasaje de las *Memoires d'outretombe* escribió que «Le Conservateur» había salido para poner las fuerzas subsistentes de la feudalidad — que han logrado atravesar la crisis revolucionaria — al servicio de la libertad de expresión. Pues bien, Moratín opta por la primacía, en cierto modo, de la misma libertad, y esta constituye para él la cuestión política clave: pero, no hallando posibilidad alguna de apoyarla en fuerzas tradicionales, o mejor, tal vez, rechazando decididamente enlazar con ellas (asombra el alejamiento de Moratín respecto a la nobleza, a pesar de que alguna obra suya, en versión juvenil, se estrenara en el palacio de un grande), Moratín piensa, o mejor dicho, no ve en su panorama otra base, para cimentar una libertad, que un grupo social al cual él es de los primeros en llamar con una terminología nueva: *clase media*. Tal vez, el deterioro de la insana estructura social jerarquizada que la prolongada pervivencia del régimen estamental y, al mismo tiempo, su inviabilidad (ambas cosas juntas), habían provocado sobre la sociedad española, daban lugar a que un hombre inteligente e infundido de independencia personal, no pudiera divisar otras costas ante su vista. Esto le llevaría — dando mayor interés a su obra — hasta reonocer, a través de vetustas e inservibles supervivencias, una nueva estructura que empezaba a cuajar.

Sánchez Agesta, al llamar la atención sobre el alejamiento desde el cual expresamente escribe Moratín, respecto a los dos extremos de la estratificación social³⁵, nos hizo ver cuál era el área a que se extendían sus propósitos de reforma. Ni nobleza, ni plebe; su atención se dirige hacia ese grupo intermedio que desde algún tiempo atrás, desde la crisis so-

³⁵ *Moratín y el pensamiento político del despotismo ilustrado* en «Revista de la Univ. de Madrid», IX (1960) pp. 567-590.

cial del XVII muy especialmente, se esforzaba por insertarse con caracteres propios en la estratificación social, bajo el nombre de los « medianos » o las « medianías »³⁶ a quienes Moratín, contemplándolos ya como un grupo definido, da el nombre con el que se iba a hacer presente en un primer plano de la historia del siglo XIX. La observación de Sánchez Agesta me parece válida, básicamente; pero pienso que hoy es necesario matizarla, porque, al tratar de este aspecto, tan fundamental para entender a Moratín, se han introducido algunas confusiones — no quisiera decir, algunas incomprensiones — que obligan a replantear la cuestión. Considero que es un punto que conviene aclarar con la mayor precisión. Y al acercarnos a él para observarlo en sus matices con la posible mayor nitidez, encuentro que se impone la conclusión de que en Moratín el análisis espectral de la sociedad que refleja nos da una mayor variedad de componentes.

Coincidiendo con cuantos se comprenden en el marco de la Ilustración, desde Voltaire y Feijoo a Rousseau o a Jovellanos, Moratín parte de una distinción, heredada, con ligeras variantes, desde el siglo XVI, entre el « vulgo » o « plebe » y el « pueblo », grupo de artesanos, de labradores, de afanosos comerciantes, animados de la virtud. La virtud, para el ilustrado, es tanto como el trabajo: uno y otra, que en definitiva se confunden, aportan la utilidad individual y pública, objetivo del escritor esclarecido por las « Luces ». Esa distinción entre « vulgo » y pueblo es frecuente — e imprescindible de tener en cuenta al estudiarlos — entre nuestros ilustrados: precedentemente paralelamente a Moratín, se encuentra en la *Poética* de Ignacio de Luzán³⁷. Más tarde, Manuel de Aguirre, representante por antonomasia del tipo de « amigos del país », no oculta una profunda repugnancia (que en nada contradice las tendencias predemocráticas que busca imprimir en las Sociedades Económicas) hacia « la plebe de todas clases », el « necio vulgo », que a su vez nada tiene que ver con el pueblo trabajador y virtuoso³⁸. Por otra parte, hay que recordar que Voltaire³⁹ distinguía siempre a las personas cultas que piensan, del pueblo que no está hecho para pensar y debe seguir a los que saben más que él — de cuya distinción parte, como semejantemente lo hacía también Le Chalotais, para poner, y en ello coincidían ambos escritores, rigurosos y estrechos límites a la educación y enseñanza del pueblo⁴⁰. También nuestros escritores, como es obvio, no dejaban de señalar límites

³⁶ Véase mi obra *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid, 1979.

³⁷ Ed. de R. P. Sebold, Barcelona, 1977.

³⁸ *Cartas y Discurso del militar ingenuo al Correo de los Ciegos de Madrid*, ed. de A. Elorza, San Sebastián, 1974, p. 83.

³⁹ Son muchos los pasajes de obras de Voltaire que coinciden en una estimación semejante. Véase, como ejemplo, *Lettres philosophiques*, XIII^a, ed. de R. Naves, París, 1964, pp. 68-69.

⁴⁰ Véase G. Livet, *Introduction a une sociologie des Lumières*, en el vol. de varios autores, *Utopie et institutions au XVIII^e siècle*, París, 1963, p. 268.

al programa de educación popular y pienso que en todos los demás países europeos sería fácil descubrir criterios equivalentes, que se fundan en el patente mantenimiento de estructuras estamentales, las cuales no van a desaparecer hasta la consolidación de la sociedad liberal burguesa. Hay que tener en cuenta para mejor comprender este tema, que tal criterio limitativo no se enuncia solo en relación al pueblo no distinguido, sino también, por el otro extremo, respecto a la clase de los caballeros, porque en la mentalidad de la época (y en esto el reformador ilustrado sólo se aparta parcialmente de la línea tradicional), se parte de que educación y función social van conexas; en consecuencia, a quienes tienen predominantemente atribuida una función, se corresponde — no ya, al modo tradicional, por ley, pero sí por libre competencia social — un determinado patrón educativo. En tal sentido, mi opinión es que ni en las sociedades evolucionadas de nuestros días, ni bajo la pretendida fórmula de sociedad de mercado libre, esas limitaciones han desaparecido: es absurdo, pues, querer hacer ver que en el XVIII sólo se mantuvieron en mentes de tipo cerradamente conservador y que pudo haber países en los que se había superado ese planteamiento.

En la sociedad estamental tradicional, dejando aparte el grupo de los eclesiásticos, quedaban dos grandes estratos: el de los señores, el del pueblo (el segundo, claro está, mucho más numeroso que el primero). Sometiéndose, como todos los aspectos socio-culturales de la vida, a ese esquema, la preceptiva literaria asignaba la tragedia a la esfera de los nobles y la comedia a la clase baja. Todavía en esta materia, la *Poética* de Luzán se basa en tal distribución, si bien aparece en ella una referencia que no deja de tener su valor. Aparte de que desaparece la relación entre comedia y trama de unas acciones que muevan a risa, se incluye, un aspecto nuevo: junto a la mención del « pueblo » como mundo de la comedia, la de « los hombres particulares ». Me pregunto quienes son estos « hombres particulares » y creo poder resolver la duda que suscita la expresión en el sentido de que se alude a los individuos que se mueven en el plano de la « vida privada » (la cual, desde luego, no es lo mismo que doméstica); esto es, los individuos que se mueven en la esfera de la sociedad burguesa⁴¹. En cualquier caso, lo que se advierte en general es que ha aparecido y se halla ya solidificado entre los elementos de la vida social, un grupo nuevo, que reclama su puesto y su caracterización en la literatura, como en la economía, en la cultura, etc. Para dar expresión a la problemática de las costumbres y estimaciones de los individuos de ese grupo, Beaumarchais se sirve de un término, con el cual designa en el teatro todo un tipo nuevo de obra, entre los tipos tradicionales de la tragedia y la comedia: el *drama*⁴². Moratín prefiere seguir manteniendo la dualidad referida,

⁴¹ Ed. cit., libro II, capt. II, pp. 193-194.

⁴² Califica con este término, su obra *La Mère coupable*: en el drama se tratará

sólo que dignifica altamente la comedia (lo mismo que hará Iriarte, en quien Sebold ve un antecedente de la « alta comedia »⁴³. Pero a la vez Moratín atribuye ahora explícitamente la comedia a un sector social que no pertenece a la consabida dicotomía tradicional, sino que coincide con ese grupo de los burgueses (una vez más, no me parece propio decir burguesía) del que acabo de hacer mención. Me atrevería a sostener que el plan de renovación teatral moratíniano — lo que va conexo a toda una manera de entender la sociedad — supone: convertir en materia de la comedia las acciones de la « clase media » y atribuir a ésta el protagonismo de la nueva especie de obras, en las cuales ella se podrá contemplar, y, de esa manera, corregirse a sí misma; pero también servirá como « espejo » para educación y corrección del pueblo, señalándole el término feliz de sus aspiraciones: elevarse a un nivel de bien instruida, trabajadora y virtuosa clase media, alejándose de aquella disparatada alternativa de ennoblecimiento que la absurda comedia barroca le proponía. La más alta estimación de Moratín, y también de Iriarte⁴⁴, va hacia la clase media, a la par que hacia el pueblo va también la preocupación de uno y otro, más aún de Moratín, en quien la educación del mismo constituye un tema central⁴⁵: en *La comedia nueva*, el pueblo aparece como una instancia esperanzadora a la que se apela, cuya colaboración en el programa reformador se espera y se desea, en cuyo afán de educarse cabe buscar apoyo⁴⁶. Ello, de un lado, nos hace ver la importancia que el mundo social con ella relacionado, adquiere en Moratín, pero también nos descubre que, en su concepción entre clase media y pueblo hay una innegable distinción, aunque no una neta separación; más bien se da una continuidad, lo cual vendría a resultar perfectamente coherente con las condiciones de un menor desarrollo económico y socio-estructural en la población de la Península, considerablemente por debajo de los niveles de Francia o de Inglaterra. De todos modos, nos revelaría un paso decisivo en la aceptación del esquema del mundo de una primera burguesía.

Por eso mismo de que Moratín diferencia al pueblo de la clase media, pero no introduce un corte entre ambos, tiene especial empeño en apar-

« qu' il peigne a grands traits l'homme vivant en société, son état, ses passions, ses vices, ses vertus, ses fautes et ses maieurs, avec la verité frapante que l'exageration même, qui fait briller les autres genres, ne permet pas toujours de rendre aussi fidèlement: touchés, intéressés, instruits, nous ne disont plus que le *drame* est un genre décoloré » — en el espejo del drama se refleja el tipo de una nueva clase, íntima, sensible e instruida (nota preliminar a la obra citada).

⁴³ En su edición de dos comedias de este autor, *El señorito mimado y La señorita malcriada*, Madrid, 1979.

⁴⁴ En *La señorita malcriada* — ed. de Sebold — puede verse una significativa mención del honor del negociante.

⁴⁵ Véase E. F. Helman, *Moratín, y Goya: actitudes ante el pueblo en la Ilustración española*, en « Revista de la Universidad de Madrid », IX (1960) pp. 591 y ss.

⁴⁶ Ed. de J. Dowling, ya citada, p. 115.

tar de aquél — y, claro está, mucho más, específicamente, del grupo de los burgueses o su equivalente — a una excrecencia que la vida ciudadana ha producido insanamente. Moratín tiene enérgica pretensión de aislar de esos otros grupos que tanto le interesan, a esa otra especie de detrito urbano, la clase ínfima cultural y socialmente de los corros de holgazanes, maleantes, matones, cobijada en los bajos fondos de la ciudad, tal vez aparentando ser otra cosa, pero incapaz de superar el nivel de « populacho », de « chusma », — la « canalla » de los motines populares — instrumento de todos los enemigos de la reforma y de la educación, utilizado por clérigos groseros, ignorantes, oscurantistas — aunque puedan hallarse ocasionalmente en puestos altos a los que tan decididamente detesta. Para comprender esta actitud bastaría con tener en cuenta el lazo de Moratín con la Ilustración — recuérdense los testimonios que antes han sido citados contra el « vulgo » y que podrían multiplicarse —; pero además, Moratín, que en su vida personal tanto interés prestó al teatro y tantas esperanzas puso en su eficacia reformadora, ve entre ese populacho a los individuos de las pandas de « mosqueteros » y « polacos » que en los teatros de Madrid imponían brutalmente sus gestos de la más baja incultura, mediante la fuerza de sus amenazas y violencias, gustos tan ajenos al buen teatro — conforme a la estimación de los reformadores —, como fieles a la corrompida y corruptora tradición de autos sacramentales, comedias de magia, de santos y milagros, de capa y espada, de sorprendentes y embaucadores ejemplos de ennoblecimiento de gentes ínfimas. Creo que es en los fomentadores del gusto por estos falsos espectáculos de villanos convertidos en señores, de arrepentidos santos, de ignorantes sabedores de fórmulas mágicas para satisfacer imposibles aspiraciones, en donde hay que ver a quienes, de parte de los poderosos, se ocupaban todavía de mantener adormecido y bestializado a sectores del pueblo, de los que, llegado el caso se servían para neutralizar o perseguir a los ilustrados y reformadores.

Para Moratín — oficial de orfebre en temprana edad (conviene que no lo olvidemos) — pueblo es la amplia capa de población urbana, ocupada en oficios urbanos, de carácter económico y lucrativo, de tipo artesanal o de un primer nivel manufacturero, que él cree poder incorporar a la empresa de la reforma educativa. La ausencia del elemento campesino es reveladora. Iniciada ya claramente siglos antes, la oposición ciudad-campo se acentúa y adquiere su pleno significado histórico en el siglo XVIII (antes de que los regímenes liberales del XIX la planteen en términos de política electoral). En ese XVIII, los « castizos » que apelan a lo peculiar y tradicional para oponerse, en tanto que reaccionarios, a la mentalidad reformista, se apoyarán en una imagen (« ideológicamente » montada) del campesinado. En nuestras letras de ese tiempo tenemos un ejemplo bien claro: un sainete de don Ramón de la Cruz, *La civilización*, en el que criados al servicio de los artistócratas y campesinos se unen contra los « civilizantes » o ilustrados reformadores y los expulsan⁴⁷. La imagen del campesino, sapiente por naturaleza, aferrado a la moral tradicional, ha-

condoso como hormiga, es un modelo del pensamiento reaccionario y no obsta a ello que coincida en ciertos aspectos con otros modelos de inspiración rousseauiana (también Rousseau había sido influido por la mentalidad de un calvinismo ginebrino de carácter inmovilista y de « tradicionalismo económico »)⁴⁸. Nada de esto hay en Moratín. En ningún momento de su obra — de cualquier género que sea — predomina la corriente naturalista, campestre, ruralista, del XVIII, sino que mostrará siempre una especial inclinación hacia la vida urbana con sus posibilidades de educación y cultura, con sus placeres, con sus modalidades, con su mayor riqueza⁴⁹. No se puede decir de él que extreme un entusiasmo idealizador por una pretendida superioridad moral de los lugareños, pero es enteramente gratuito afirmar que pretenda con ello fingir « dar una compensación verbal e ilusoria a su inferioridad social verdadera » y añadir que esta concepción, de carácter demagógico y conservador, cobra todo su sentido si recordamos el desprecio de Moratín por los patanes de Pastrana, en donde a principios del XIX poseía una casa de campo⁵⁰. Ni encuentro, en el siempre comedido Moratín, expresiones demagógicas; ni el pensamiento conservador — que no es lo mismo que tradicionalista — manifiesta una preferencia idealizadora constante hacia la esfera rural; ni — esto deja la cuestión bien clara — la referencia a los de Pastrana, en el caso que se ha señalado, puede en ningún momento presentarse como muestra de una actitud general moratiniana contra el « pueblo ». Esos « patanes » de Pastrana no son el pueblo. El mismo Andioc puso a nuestra disposición, en otro de sus trabajos, un dato definitivo en su significación: en carta a J.A. Melón, recomendándole que no se le ocurra retirarse a esa villa, le recuerda cuando aquella « gente bestial » les salió a buscar « con podones y trancas, a fin de capturarlos y ganar la suma que se ofrecía a quienes los entregaran vivos o muertos »⁵¹. Se comprende ante este incidente que, años después, a Francisca Muñoz, su pariente, quien le había comunicado también su deseo de instalarse en Pastrana, le contestara procurando quitárselo de la cabeza: « no ha conocido Vd. bien lo que son

⁴⁷ Véase mi estudio *La palabra « civilización » y su sentido en el siglo XVIII*, en *Actas del Quinto Congreso Internacional de Hispanistas* (Bordeaux, 1974), Bordeaux, 1977, I, pp. 79 y ss.

⁴⁸ M. Launay, *Jean Jacques Rousseau, écrivain politique*, Grenoble, 1971.

⁴⁹ Le habla de su proyectado verano en Baguère, a Manuel García de Prado, en carta de 1823: « entre los placeres que allí se disfrutan debe contarse el de tener un teatro (circunstancia esencialísima para mí), lectura de todos los periódicos, biblioteca con buenos libros, reunión de gentes cultas y estimables, baile, paseos muy hermosos, unos hechos por el arte, otros formados por la naturaleza, abundancia de comestibles, pastores, ganados, danzas rústicas, zampoñas y canciones » (*Epist.*, p. 573) ¿Y no es cierto que sacamos la impresión de que los atractivos para él válidos son los de la primera mitad del este párrafo y no los que con buen humor añade al final?).

⁵⁰ R. Andioc, *op. cit.*, n. 2, p. 189.

⁵¹ *Epistolario*, p. 345.

los lugareños y los lugares »⁵². Se revela ahí el recuerdo personal difícil de olvidar, de un angustioso episodio vivido por el autor y que, evidentemente, tenía que haberle dejado duradera impresión.

La tesis — utilizada hoy por algún autor para probar el carácter antipopular de algún ilustrado como Moratín — que, según se nos dice, esgrimen los « reformadores » dieciochescos, acerca de que con las creencias supersticiosas, milagreras, mágicas, sobrenaturales o extranaturales, expandidas por el teatro populachero que se usa, repleto de invenciones de pésimo gusto, no se consigue más que soliviantar al vulgo, abusar de él, empujándolo a la insubordinación y atacando la tranquilidad pública, no se tiene en pie. No tiene, de ningún modo el alcance que se le pretende atribuir: no es más que aplicación de la tesis, utilizada por los ilustrados al objeto de captarse la voluntad real, frente a los elementos tradicionalistas (laicos y eclesiásticos), doctrina según la cual un pueblo educado y culto es más fácil de gobernar. Andioc relaciona las imputaciones de ilustrados contra el teatro tradicional, con un pasaje de Moratín — en sus *Notas sobre Inglaterra* — en el cual se afirma « la disposición que ofrece la bestial ignorancia del populacho al interés o al fanático celo de los que le agitan o conducen »⁵³. Pero fijémonos bien: no cabe duda, de que los medios usados en Inglaterra o en Francia para atraerse a la más baja plebe no eran autos sacramentales ni comedias barrocas, ni nada que guardara parentesco con recursos tales; además, ni en Madrid ni en otra parte, hubo motines, insurrecciones, o disturbios con carácter de levantamiento antiautoritario bajo la invocación de nombres como los de Calderón, Coello, Zamora, Comellas, etc., ni menos tras la representación de autos sacramentales. Seguramente los ilustrados lo sabían bien, y sabían más: que la infame calidad de ese teatro barroco y sagrado, estaba en relación con el autoritarismo de épocas represivas (y así se observa en pasajes de la *Historia de los orígenes del teatro* que escribe Moratín). Si alguna vez, sin embargo, se empleó el argumento de que pudiera amenazar a la autoridad, fue para utilizar cerca de ésta (siempre recelosa y siempre crédula — por mucho que se diga lo contrario — ante cualquier denuncia contra los innovadores un argumento más para lograr suprimir de una vez la vieja escuela tan detestada. Finalmente, y esto es lo que importa — volvamos a insistir en ello —: ese populacho en el concepto del ilustrado y en su programa de reforma política, nada tiene que ver con el pueblo: frente a éste, el populacho es una muchedumbre sometida, aliada siempre de los más rancios « señores » (cosa con la que los reaccionarios han contado más de una vez), y, salvo en ocasionales manifestaciones en sacudidas sangrientas y epilépticas, es una turba sin voluntad y sin reivindicaciones.

Andioc cita una frase de Argenti — « todos quieren ser más y nin-

⁵² *Epistolario*, p. 415 — escrita desde Barcelona, en 1820.

⁵³ *Op. cit.*, p. 100.

guno menos que su vecino » — y otra de Clavijo — « ninguno está contento con su suerte »⁵⁴ y ve en esas declaraciones una oposición de los escritores de mentalidad ilustrada contra el afán ascendente de las clases inferiores, con la que puede parangonarse la actitud definida por Moratín, en alguna obra suya. Aprovecharé estas interesantes referencias — la presencia de las cuales y de tantas otras parecidas no se debe dejar de lado en el XVIII —, para matizar la interpretación que me parece corresponder al grado de supervivencia de la sociedad tradicional en la época. Por de pronto, en cualquier país y en cualquier tiempo que se encuentren ante condiciones reducidas respecto de la de movilidad social y de la aglomeración urbana, que se mantengan dentro de tasas que no superen las de tipo tradicional, se descubrirán actitudes semejantes, que se dan abundantemente en la Francia de las « Luces ». Incluso, aunque empiecen a superar tales tasas, porque ello no elimina los tópicos de la situación social precedente. Desde luego, las pautas cuya enunciación recoge Argenti son en todas partes muy representativas y muy típicas de la sociedad estamental que, por lo menos hasta 1789, domina en todo el Occidente europeo. Ya antes mencioné a Voltaire y Le Chalotais que podrían ser ejemplo de esto, lo mismo que Montesquieu o Rousseau. Entre nosotros, Arriquirar quiere evitar un tipo de industria demasiado desarrollado « en cuanto distrae y aparta a la gente de su debido destino y ocupación útil »⁵⁵. Meléndez Valdés orienta la educación a mantener gustosamente a cada uno en su puesto⁵⁶. Todavía esta concepción estamentalista de la sociedad, vigente en el ámbito europeo, si bien pareció sufrir un eclipse y en el fondo efectivamente sufrió duro golpe durante los años de la Revolución francesa — en el sentido más restringido cronológicamente de este proceso —, después reaparece, para irse hundiendo paulatinamente en las décadas de la Restauración subsiguiente al largo episodio napoleónico. Dentro, pues, de esta concepción jerárquica y de lento ritmo de movilidad, se inserta la política de declaración de carácter hereditario de los oficios sobre la cual se discute y que los ilustrados entendidos en la materia — cualquiera que sea hoy el juicio que sobre su error formemos — defendieron ahincadamente, como manera de afianzar la seguridad en el empleo. Se puede comprobar su presencia en reformadores economistas tales como Campomanes, y en tantos otros economistas — lectores, algunos de ellos, incluso más o menos someramente, de A. Smith —. Me limitaré a citar tres nombres: Romá y Rosell, Lázaro Dou, A. de Capmany, todos los tres catalanes, esto es, procedentes de aquella parte de la Península y de la Monarquía

⁵⁴ *Op. cit.*, p. 192.

⁵⁵ *Recreación política. Reflexiones sobre el Amigo de los Hombres en su tratado de población*, Vitoria, 1779, I, p. 59.

⁵⁶ *Discurso sobre la necesidad de prohibir la impresión y venta de jácaras y romances vulgares, y de sustituirlos con canciones nacionales*, en *Discursos forenses*, Madrid, 1821, p. 176.

hispanica en que mayor crecimiento industrial se había alcanzado. Es natural que Moratín ofrezca ecos de esta manera de entender el problema.

De todos modos, en el plano real e ideológico, los escritores que aún se mantienen parcialmente en el marco de la ordenación estamental de los grupos sociales, al modo que sucede con Moratín, observamos que de la misma manera aceptan el hecho de la movilidad social, aunque sea dentro de los índices de la sociedad tradicional y claro está, con el más amplio margen de extensión compatible. Por eso, sí, recogen el inerte tópico contra el afán de cambiar de puesto y contra la pretensión de ascender que impulsa a las gentes; pero esas advertencias van siempre sometidas a unas dimensiones que estiman prudentes y que nunca cierran las esclusas a una fecundante corriente de cambios. Siempre, claro está, que esa corriente no transtorne el paulatino curso de las reformas que estimen eficaces para alcanzar mejoras generales y, sobre todo, permanentes. De ello, es resultado el papel que la nobleza, y correlativamente, las otras clases, jugarán; responde a una relativa ampliación del margen efectivo de movilidad (que antes de la revolución industrial, del colonialismo y del desarrollo financiero del capitalismo, está lejos siempre de superar tasas normales); responde también al mayor índice de urbanización en la distribución demográfica del país; responde finalmente al incremento de la tendencia a la emulación y ostentación que en el marco de la vida urbana se produce, etc., etc. (En este último punto, el ilustrado quisiera eliminar todo resto de una emulación barroca — por ejemplo, en lo que respecta a títulos y honores —, reemplazándola por un compartido entusiasmo hacia la educación y la riqueza).

La tesis de Moratín — coincidente con la de tantos otros — en *El barón*, es ésta:

« ... cada cual
en la clase en que se halla
debe procurar ser más »

lo cual constituye una clara síntesis de la estimación dualista que acabamos de exponer: de un lado, franco estímulo al movimiento ascensional y aceptación de la actitud de competencia, típica de la sociedad urbana; de otro lado, reconocimiento de un flexible marco en el que ésta se contiene y recomendación de que no se rompan los límites de ese marco. En rigor, esta actitud, desde uno y otro lado, procedía de los siglos XVI y XVII y en este último conoció amenazadoras manifestaciones de irregularidad — la usurpación de símbolos de clase superior (Mousnier), la inflación de honores (L. Stone) — en lugar de buscar la elevación por vías que asegurasen resultados positivos y de general utilidad. A esto último es a lo que atiende y lo que quiere evitar el ilustrado, convencido de las desdichas de un desmedro en aparentar cambios que no son más que vana hinchazón social. El ilustrado, en todas partes, después de la experiencia barroca de « marchar fuera del orden natural » que, desde comienzos del

XVII, denunciaba Cellorigo, mantiene esa doble actitud de fomento y precaución, que asegurará ventajas positivas. Después de aquella centuria precedente, desviada y alucinante, la situación social de que se partía era la de que precisamente el « pueblo » (objeto de la campaña de reforma o de « mejoras », como en algún caso se dice, que ilusionara a los escritores), las clases laboriosas mismas — lamentablemente contagiadas — no habían tratado de avanzar más que por vías sin salida, se habían utilizado medios inservibles y perjudiciales, de los que no cabía esperar otra cosa que modos aberrantes de comportamiento. El ilustrado advierte, con más claridad que los críticos del XVII todavía, que la mera pretensión de medro y ascensión (cuya desviación revelaba patentemente la picaresca), no podía llevarse a cabo, en ningún caso, por vías mágicas, ni tampoco por dejarse alucinar ante la torpe presentación — entre otros medios, en el teatro barroco — de una protección divina que toda persona juiciosa está obligada a no contar con ella. Lo contrario era lo que propagara un siglo antes la cultura del Barroco, una cultura con objetivos inmovilistas, represivos y adormecedores. Pero ese esquema del Barroco que ya he presentado, no es, en manera alguna, un esquema de interpretación aplicable al despotismo ilustrado y a la Ilustración. Para el XVIII, sólo cabe sabiamente ordenar la conducta, con eficacia y economía, mesurándola, haciéndola razonable, adaptándola, pues, a las posibilidades de cada uno, esto es, al trabajo útil y bien reglado que cada uno puede ejecutar en sus circunstancias.

Lo que Moratín y con él tantos otros ilustrados — y antes ya, economistas del XVII — combaten en ciertos libros, en ciertas comedias y novelas, es la presentación, ante un público incauto, desprevenido, fácil de engañar, de ejemplos falsos de individuos que se entregan a procedimientos y caminos impropios para lograr un mejoramiento social, haciéndole creer al vulgo que llegará a alcanzar tales metas por esos medios irracionales, antieconómicos. Tal manera de proceder produce en las gentes una alucinación, bajo cuyos efectos una buena parte de individuos útiles para producir se hunde. ¿No reconocía el ministro Campillo que una de las cosas que faltaban en España era « realidad »? ⁵⁷. He ahí un ejemplo de ello. Las consecuencias morales, intelectuales, económicas, en una palabra, sociales, no podían ser más penosas.

Frente a esto — lo repito para que quede clara en sus términos la fórmula dieciochesca — lo que el ilustrado pretende es una efectiva remoción de la gente que facilite la circulación por los canales de ascensión. Aunque, eso sí, con dos condiciones que todas las sociedades europeas anteriores a 1789, se esfuerzan por mantener: 1) conservación, adecuada a las circunstancias del marco de la sociedad jerárquica, si bien flexibilizado; 2) mantenimiento de tasas de movilidad compatibles con las

⁵⁷ *Lo que hay de más y de menos en España*, ed. de A. Elorza, Madrid, 1969, p. 107.

proporciones de la sociedad tradicional de « órdenes ». Junto a esto, el ilustrado pretende sacar de la pobreza a los que la sufren, asistiendo a los indigentes e incapaces y proporcionando un empleo remunerador a cada individuo utilizable, mediante la creación de puestos de trabajo. Recuérdese el entusiasmo de Moratín por las ciudades con animada actividad económica y trabajadora, por el buen orden ciudadano a estos respectos y su repugnancia por algún país que cubre la miseria⁵⁸. Por otra parte, se procura incrementar en la mayor medida posible el número de propietarios medios, y aún de pequeños, pero estos últimos dotados siempre con medios suficientes de subsistencia decorosa. La misma comedia. *El barón* es testimonio de esas ideas y con ellas se corresponden igualmente las estimaciones de ciertos lugares y países por parte de Moratín⁵⁹; en ello coincide, sin duda, con el programa más general de cuantos participan con sus informes en el Expediente de Ley Agraria. Finalmente, el programa se completa con la formación y potenciamiento de una nueva clase de ricos propietarios o propietarios acaudalados, dotados de una nueva mentalidad y que echan sobre sí el encargo de civilizar a las gentes, mientras se eclipsaría el grupo inútil, pernicioso, de los ricos nobles desocupados, titulares de propiedades privilegiadas y estancadas. Es sabido que la enérgica opinión contra vinculaciones, mayorazgos, beneficios eclesiásticos, etc., etc., alcanza gran difusión y Moratín es uno de los que participan en ella.

No es, sin duda, la imagen de una sociedad nacida de una revolución proletaria, la que nos transmite Moratín — y no hay porqué sentirse defraudado ante ello, por muy ingenuo que sea el esquema marxista que un historiador maneje —; tampoco es el de una sociedad tradicional plenamente, aunque se mantenga en pie relativamente su caparazón, porque siempre es fácil observar los cambios de emplazamiento de sus elementos que por dentro se producen. Los ilustrados no quieren ni la pretensión de ennoblecimiento, ni la agitación revolucionaria; ni tampoco que las gentes se conformen evasivamente con una apariencia de movilidad. Lo que quieren es eliminar el afán por el ennoblecimiento, de parte de las clases burguesas o de la pequeña burguesía — agraria o artesanal (labradores o artesanos o comerciantes) —, porque lleva al engaño, y porque ellos en

⁵⁸ *Epistolario, Carta a J. A. Melón*, desde Montpellier, 1817, p. 380.

⁵⁹ Me refiero a sus elogios de Bilbao, de Valencia, Burdeos, etc. — en *Epistolario*, pp. 103, 280, 461, respectivamente. Bilbao es — le dice a Ceán (1787-?) — « villa muy alegre, limpia, bien poblada, donde hay actividad, tráfico, dinero, sociedad amable muy inclinada a merendar, a beber y a reír ». A María Ortiz (1813), le escribe que Valencia es « una gran ciudad. Iglesias magníficas, multitud de tiendas de todos géneros, una plaza atestada de gente por las mañanas, con tantas frutas, verduras, pescados fritos y crudos, calabazas asadas al horno, rábanos como el brazo, quesos, longanizas, chufas, palmitos, altramuces, y ¿que se yo qué más?. Las calles con mucha gente, que va y viene, siempre de prisa ». Elogio de Burdeos (1821): « los teatros, los paseos, el hermoso río, las calles, las tiendas, el concurso de gentes y una infinidad de cosas ».

cambio tienen programas de ascensión, más útiles y más valiosos. Al mismo tiempo, critican duramente y con imputaciones reales, comprobables, no meramente tópicas y aparentes, a la nobleza del tiempo, y se empeñan en la política de limitar o suprimir sus privilegios y principalmente la base de ellos — a saber, la propiedad privilegiada de la tierra — ¿Cómo compaginar una y otra cosa? ¿cómo superar lo que hay aquí de antinómico? La pretensión era ofrecer un camino eficaz para mejorar, que no fuera según la vanidad del fiero noble. Se trata, sí, de potenciar una nueva clase, integrada desde nobles que aceptan un nuevo modo de comportamiento económico y social, basado en el estudio y en el cálculo, hasta labradores, fabricantes, comerciantes, que con su trabajo *virtuoso* o *industrioso* (conforme al nuevo sentido de esta voz, semejante al que recogió Sombart en un texto protestante) se alzan a la riqueza: esa clase de los ricos hacendados, que han olvidado o no han poseído ni les preocupan honras nobiliarias y de pura ostentación; ellos, en ese momento, vienen a ser — con múltiples niveles internos — la nueva *clase media*.

No dejemos de tener en cuenta que si Moratín, en esa misma comedia de *El barón*, critica y ridiculiza al que quiere ennoblecerse, lo hace desde las dos caras de la cuestión. Nos hace ver la triste figura del que se deja llevar de ambiciones tan vanas. Pero el acento, en fin de cuentas, se viene a poner en esto último: en la crítica feroz, como algo estúpido y despreciable, de una nobleza, ejemplo del peor estado social (actitud que coincide con la *Sátira a Arnesto* de Jovellanos, en una parte, porque en otra parte va más allá, y estaría en línea más radical, a lo Cabarrús⁶⁰ y otros autores tardíos). En definitiva, si Moratín condena la tendencia al ennoblecimiento, es, en primer lugar, por el mal modelo que se elige. En Moratín, la nobleza, en las escasas ocasiones en que se presenta, es observada siempre por su lado negativo, es decir, por el de los vicios, errores, defectos que de ella señala reiteradamente en su teatro y en su poesía, llevado de una crítica que tanto señala la ausencia de ocupación en actividades económicas como la carencia de una educación, en perjuicio, en ambos casos, de la utilidad pública. Desde muy pronto, ya en carta a Jovellanos de 1797, le dice que familiares suyos le han escrito pidiéndole les haga saber si los Moratín tenían condición de hidalgos, y él confiesa a su amigo: «yo no quiero ejecutorías, ni pergaminos, ni sellos rodados»⁶¹. Y a su prima, desde Barcelona, en 1816, le anuncia que le envía una serie de papeles familiares por la información que contienen y que a ella tal vez le puede interesar, en lugar de «rasgarla con los demás papeles inútiles»;

⁶⁰ *La Satyre de Jovellanos contre la mauvaise éducation de la noblesse* ed. de A. Morel-Fatio, Burdeos - París, 1899. De Cabarrús me refiero a la cuarta de sus *Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública*, Vitoria, 1808.

⁶¹ *Epistolario*, p. 221.

envío que acompaña de agria ironía sobre la « alta y generosa estirpe » de los suyos⁶².

En Moratín, en cuyo léxico no he hallado ciertamente términos tales como artesano, jornalero u obrero, aparecen en cambio con frecuencia otros muchos que se corresponden con ellos muy específicamente en el primer estadio manufacturero o que en esa nueva fase industrial subsisten en pleno uso. Así se observa, por de pronto, en la misma correspondencia de industria-fábrica, frecuente en él⁶³. Alguna vez abarca su mirada « todas las clases del Estado »⁶⁴, aunque no se encuentre en una referencia favorable. Sus escritos testimonian suficientemente que Moratín, tiene presente y próximo al elemento humano, e incluso técnico, de las operaciones económicas, de las « artes industriales », como alguna vez las llama; el fabricante, el industrial, el comerciante, el asalariado, el trabajador, el oficial ¿Acaso como antes he recordado, no pasó Moratín por una experiencia de trabajo lucrativo e industrial, con su oficio de orfebre?

Moratín declara expresamente que « el poeta dramático escribe para todas las clases de la sociedad, reunidas en el teatro ». Reconoce que cada uno, según su nivel y su profesión, juzgará con mejor criterio de unas incidencias que de otras, pero Moratín no niega su participación activa, en cierto modo igualada, a todos y a cada uno de esos grupos: « del voto común resulta el aplauso »⁶⁵ - casi se diría que, aplicada al teatro, es una frase de Sièyes, en su buen momento.

Con la tesis anterior hay que relacionar otras afirmaciones suyas. Recordando, en *El sí de la niña*, su inicial programa feijoniano al que empecé refiriéndome, Moratín denuncia a « los que no quieren ver descubiertos en la escena vicios y errores, tan funestos a la sociedad como favorables a sus intereses »⁶⁶, lo que nos revela a nuestro autor enfrentado con oligarquías opresoras y dando un alcance social a sus propósitos de reforma a través del teatro, que hoy nos son difíciles de comprender. En *El viejo y la niña*, aconseja reducirse a tomar en cuenta « la pintura de los vicios y errores vigentes »⁶⁷, con lo que también, por ese lado, observamos su propósito de atacar tan sólo aquello que tenga una proyección real en la sociedad, y que la tenga actualmente, en su tiempo y su mundo. Con

⁶² *Ibidem*, p. 363.

⁶³ Véase O.P., I, pp. 170, 577. También es interesante observar el empleo de la palabra « máquina », no en el sentido del XVII, que tan frecuente la hace en la literatura barroca, sino en el sentido de « artefacto mecánico », esas « máquinas hidráulicas », por ejemplo, de que nos habla en su *Viaje a Italia* (O.P., I, pp. 211 y 542). Véase mi estudio *Dos términos de la vida económica: las palabras « industria » y « fábrica »* en « Cuadernos Hispano-Americanos », 280-282 (1973) pp. 632-661.

⁶⁴ *Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español*, BAE, II, p. 156.

⁶⁵ Notas a *El viejo y la niña*, en O.P., I, pp. 68-69.

⁶⁶ *Advertencia* que precede a *El sí de las niñas*, ed. de R. Andioc, ya citada, p. 161.

⁶⁷ *Advertencia* que precede *El Viejo y la Niña*, BAE, II, p. 356.

terminología de ilustrado que corresponde a su actitud reformadora del mismo tipo, pero abriéndose a un tiempo nuevo que le hace contemplar la sociedad en toda la amplitud de sus elementos, contando con la activa y eficaz presencia de todos ellos en la vida social que conoce, observará que « los vicios y errores que pinta la comedia deben ser comunes, porque no siéndolo, ninguna utilidad producirá su imitación »⁶⁸, — es decir, su presentación por vía de lo que los preceptistas neoclásicos llaman imitación —, a fin de darlos llamativamente a conocer para su corrección. Y este programa afecta a todos, por lo menos a todos aquellos por quienes se interesa positivamente Moratín.

Es bien visible que en la obra moratiniana hay una renovadora aproximación de los grupos sociales — principales para el autor —, en la estratificación. He insistido bastante en los aspectos de subsistencia de la sociedad estamental, para que pueda añadir ahora que tampoco hay que olvidar, de un lado, la corrosión que se ha producido en las líneas tradicionales de diferenciación y, de otro lado, la consiguientemente mayor y más flexible aproximación que entre unos grupos y otros se da. Desaparecen casi por completo los nobles, se quisiera eliminar al populacho — del cual es expresión esa chusma mosqueteril, terror en los teatros de todo autor que pretenda escribir con dignidad —, y queda la imagen de una sociedad integrada por una serie de distinciones escalonadas, que, sin duda en buena medida utiliza símbolos, tópicos, fórmulas de procedencia estamental — las utilizamos todavía hoy —, pero en cuyo interior las diferentes capas o estratos están mucho más próximos, circula entre ellos una relativamente eficaz corriente de movilidad, y todo el conjunto se basa en el protagonismo de la clase media.

Si aproximamos dos pasajes del *Discurso preliminar* a la edición de sus comedias, tendremos la versión más fiel y más completa de lo que Moratín vino a significar en el paso de la Ilustración al siglo XIX. En primer lugar, nos dice: « La comedia pinta a los hombres como son, imita las costumbres nacionales y existentes, los vicios y errores comunes, los incidentes de la vida doméstica, y de estos acaecimientos, de estos individuos y de estos privados intereses forma una fábula verosímil, instructiva y agradable »⁶⁹. Su ámbito es, pues, el mundo de los intereses privados, no de las ostentosas y abrumadoramente gesticulantes acciones de los grandes y poderosos, de las altas autoridades del Estado; el mundo, digo, de las relaciones particulares, individuales, de sus costumbres, tal como se dan en la vida civil (costumbres « nacionales », las llama Moratín, por oposición a públicas o « estatales »). Es, sencillamente, el mundo de la « sociedad ». Tal vez la presencia de ésta como esfera de relaciones fuera de la órbita del poder político, llegara a ser el mayor y más eficaz descubri-

⁶⁸ *Discurso preliminar* a la ed. de las *Comedias*, en BAE, II, p. 322.

⁶⁹ BAE, II, p. 320.

miento de la Ilustración, en la historia de la libertad. A ese mundo de la que Ferguson, Jovellanos, Humboldt y tantos más, llamaron la « sociedad civil », es al que se dirige Moratín y en ese mundo es en el que precisamente quiere implantar su presencia y alcanzar, en libre juego, su predominio, la clase media. Por eso, añadirá Moratín que la comedia ha de desenvolverse « *entre personas particulares* ». Como el poeta cómico se propone por objeto de instrucción común, ofreciendo a la vista del público pinturas verosímiles de lo que sucede ordinariamente en la *vida civil*, para apoyar con el ejemplo la doctrina y las máximas que trata de imprimir en el ánimo de los oyentes, debe apartarse de todos los extremos de sublimidad, de honor, de maravilla y de bajeza. Busque en la *clase media* de la sociedad los argumentos, los personajes, los caracteres, las pasiones y el estilo en que debe expresarlos »⁷⁰. Obsérvese que, en el contexto del párrafo citado, la expresión « personas particulares » se corresponde exactamente con otra similar que antes comenté, de Ignacio de Luzán. Del estudio de Sebold sobre las comedias de Iriarte, recojo este pasaje del « Memorial literario » (octubre de 1788 — anterior, por tanto, al escrito moratiniano) en el que se critica en estos términos *El señorito mimado*: « el asunto de esta comedia ni es encumbrado como muchas de las muestras, ni es tan bajo como otras que pudieran pasar por entremeses: es medio, tomado de la *vida civil*, propia de las comedias »⁷¹. Tenemos, pues, aquí una correlación completa enunciada algunos años antes: comedia, clases medias, vida civil (o entre particulares: sociedad civil). Es el mismo esquema de Moratín que este formulará poco tiempo después y, por eso mismo quizá, con mayor claridad. Es toda una visión de la sociedad y de las relaciones interindividuales la que viene a revelárenos, por debajo de un planteamiento literario.

Subsisten en Moratín, como en cuantos, ya en el siglo XVII y todavía en el XVIII, se esforzaron por lograr una redistribución de papeles en el seno de la estratificación social y trabajaron para ayudar y consolidar el nuevo régimen de clases medias, unos restos de procedencia estoica que no dejaron de inspirar tal vez, en parte, la mentalidad europea. Moratín escribe en una epístola al rector del Colegio de San Clemente de Bolonia, don Simón Rodríguez Laso, unos versos, no demasiado valiosos literariamente, pero interesantes como muestra de supervivencia de elementos doctrinales, superestructurales, de fuente « antigua », en la mentalidad dieciochesca:

Feliz aquel que en áurea medianía,
Ambos extremos evitando, abraza
Ignorada quietud »

⁷⁰ BAE, II, p. 322 (el subrayado es mío).

⁷¹ Ed. de las comedias de Iriarte, ya citada en la nota 43, p. 115.

y en esa misma epístola añade esta significativa definición

« ... la prudente
moderación es la virtud del sabio »⁷².

En rigor, tal como los dos conceptos — « medianía », « moderación » — aparecen en este texto, no tienen más que un alcance personal. Sin embargo, el prestigio que los acompañaba como herencia doctrinal moral de la Antigüedad, podía ser utilizada como un elemento más para legitimar la elevación y hasta el predominio de las clases medias.

Este cambio que desposeía, a la vez, de su carácter heterónimo y transcendente, a la moral, y la inclinaba, más bien, desde el plano de la conducta individual al de la convivencia ciudadana, dándole un carácter de convención interna del grupo, supuso un apoyo definitivo a la instalación sociológica de la nueva clase. « Cada clase y grado de civilización, — escribía por los mismos años Ramón Campos —, tiene las costumbres morales que le son propias »⁷³. Y pensándolo así, Moratín, que contribuyó en su plano a relativizar tantas cosas de la herencia sociocultural recibida, se felicitaba de « aquella flexible y cómoda moralidad que es ya peculiar de ciertas clases en los pueblos más civilizados de Europa »⁷⁴. Una moral social que orientaba su principal fachada a ese lado que se contemplaba desde la convivencia con los demás. Una convivencia fundada en utilidad social de carácter económico, sensibilidad moral y cultivo del gusto, cultura en ciencias y letras recíprocamente comunicada⁷⁵. No en balde el burgués ha sido el personaje sociable por excelencia. Por esa razón, — y es necesario juntar este pasaje con el anterior para acabar de entender la cuestión —, Moratín le escribía a Francisca Muñoz que se hallaba en Pastрана: « vivir sin freno, sin decoro, sin la honestidad y el honor que a

⁷² Edición de *Obras de Moratín* por la Real Academia de la Historia, IV, p. 137.

⁷³ *De la desigualdad personal en la sociedad civil*, 1799 — reed, de Barcelona, 1838, p. 145.

⁷⁴ BAE, II, p. 336.

⁷⁵ Moratín piensa que los saberes del ilustrado, « instruido », « moderan la natural ferocidad del corazón humano para que a su vista conozca cuánto es más dichosa una nación por ellas que por el temido honor de sus armas, por los estragos de sus victorias — mal necesario tal vez y siempre funesto a los vencidos y a los vencedores ». (*La derrota de los pedantes*, ed. cit., p. 82). Esta frase incorpora la referencia al tejido de relaciones pacíficas que acabo de enunciar en el texto y que constituyen la noción ilustrada de « sociedad civil » y de acuerdo con ello refieren su desenvolvimiento al cultivo de la « sensibilidad ». Pero, a la vez, esa afirmación de la « ferocidad natural » del corazón humano y la sospecha apuntada al final de que tal vez no sea superable de raíz, nos hacen divisar el planteamiento de otra época, de otra mentalidad transformada por el golpe de la experiencia revolucionaria y de la experiencia bélica — de un nuevo tipo de guerra entre pueblos, subsiguiente a la primera y lanzada sobre Europa por las invasiones napoleónicas. (Véanse mis estudios *El espíritu burgués y el principio del interés personal en la Ilustración*, « Hispanic Review » 1979; y *La estimación de la sociabilidad en la cultura de la Ilustración*, publicaciones del « Instituto de España », Madrid, 1979).

cada estado corresponde, y conservar al mismo tiempo la estimación de las gentes honradas, no puede ser »⁷⁶. Y a su prima María Fernández de Moratín, le insistía sobre lo imprescindible que es una conducta exterior « arreglada »⁷⁷. Esta preocupación ético-social moratiniana es perfectamente congruente con la noción y el papel del « decoro » — de la « propriety » —, en la ética de Adam Smith. A su vez se ofrece, a mi modo de ver, en perfecta coherencia con la significación social del completo testimonio moratiniano sobre la nueva burguesía.

En la primera mitad del siglo XIX, la conexión entre la actitud del político « moderato » y del personaje representativo de la clase media va a tener una gran repercusión: inspirará la formación de partidos políticos, la reforma de Constituciones y modos de gobierno y de la gestión de negocios públicos, etc., más o menos discutibles. Esa nueva imagen tendrá sus escritores que, en la época siguiente, la plasmen ante su público: un Bretón de los Herreros, o, en muy otro sentido, un Francisco de Pacheco. Pero creo que hay que reconocer en Moratín el testimonio de la pretensión, por parte de la clase media — en un sentido nuevo de esta expresión —, de alcanzar el protagonismo social — y por tanto, económico, político, cultural, etc. —, hasta el punto de producir un claro corte entre dos épocas: la sociedad de Antiguo Régimen y la Sociedad civil, a la que la traducción de un pasaje hegeliano nos habituará a llamar « sociedad burguesa ».

No pretendo, en modo alguno, presentar en estas páginas a nuestro autor como un *pensador político*, porque Moratín no lo es, a diferencia de cómo lo fueran un Burke o un Humboldt. Moratín *no es un escritor político*; pero, en cambio, a mi modo de ver, y por su misma limitación, tal vez más valioso en este otro papel, sí es un *testimonio político*.

Moratín ha visto la Revolución (hay que añadir que la ha visto muy vulgarmente, mejor, con penosa miopía) y no le gusta la Revolución. Pero ha conocido la libertad personal y esa sí la quiere. No acierta a saber cómo se consigue, se organiza, o se defiende esa libertad. Confiesa que no entiende de ello. Tenemos la seguridad de que oculta la verdad a Godoy cuando le escribe que en su estancia en Inglaterra ha estudiado sus leyes, sus costumbres, su gobierno. En escrito a Godoy, abril 1793, solicita le sea otorgada una ayuda para su viaje instructivo por Europa y con mayor detenimiento en Italia, en donde estudiará, le dice, con sus Antigüedades, Arte, Literatura, Teatro, etc., sus Cortes diferentes y en ellas « las formas particulares de su gobierno ». Obtenida la subvención, le escribe más tarde sobre su pasada estancia en Inglaterra, donde le asegura que ha estudiado « las costumbres de aquella nación, sus leyes, su cultura, sus artes... »⁷⁸. Creo que no fue así en lo que respecta a leyes, gobierno, cos-

⁷⁶ *Epistolario*, cit., p. 254.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 333.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 159.

tumbres. Deja resignadamente a otros ocuparse de estos temas; él procura organizar su vida de manera que pueda, no obstante, gozar de esa libertad. Pero, eso sí, no deja de pensar constantemente en este tema.

No voy a ocuparme de los aspectos más directamente políticos. Los dejaré quizá para otra ocasión — algunas de sus observaciones son interesantes por el momento en que están hechas y sería sugestivo estudiarlas.

Por algunos — y ya que se ha tomado como presupuesto su encuadramiento en la Ilustración —, su ideario, como era de esperar, se ha insertado en el Despotismo ilustrado (aunque ambas cosas no coincidan exactamente). Sin embargo, Moratín no emplea nunca ninguna expresión similar — como sí la emplearon Romá y Rossel, Cabarrús y otros. Sólo una vez he encontrado la voz «despotismo» en su obra y la refiere (*Notas sobre Inglaterra*) a la esfera de la dominación colonial. Nunca he hallado la voz «absolutismo» — que tampoco Ruiz Morcuende registra —. Hace, sí, la exaltación del poder único, eficaz y justo de los Reyes Católicos. Los RR.CC. fueron, para los ilustrados españoles — ejemplo Cadalso —, el modelo a imitar, como Luis XIV lo fue para los franceses. Ese sistema político, para Moratín, consistía en que el pueblo obedecía a las leyes. Es un pasaje equivalente a aquel de Mercier de la Rivière que le ha llevado a hablar a un historiador francés de una fórmula de Despotismo legal. En el fondo, creo que viene a ser lo mismo. En cualquier caso, ese despotismo suponía garantizar al ciudadano un margen de seguridad y de libertad mayores que los que había ofrecido la Monarquía absoluta del Renacimiento y del Barroco. En el sistema del XVII, el límite se encuentra en la libertad de comercio, en la libertad profesional, en la libertad — llegado el caso — contra los poderes de la Iglesia romana, etc. — Pero la libertad, en Moratín, positiva y negativamente, está más próxima de la libertad propiamente política, aunque le espante su origen revolucionario y se aleje de él todo lo posible.

Pero en esto no voy a entrar. Dejémoslo por hoy en que una de las razones de su preferencia por Bolonia estaba en considerarla como una de las ciudades más libres del mundo, tanto que con algo más que se potenciaran sus resortes ciudadanos podría alcanzar a ser república⁷⁹.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 209.